

"Noa" Junio de 1976

(3652)

Un tucumano  
cuyas opiniones  
provocan controversias...

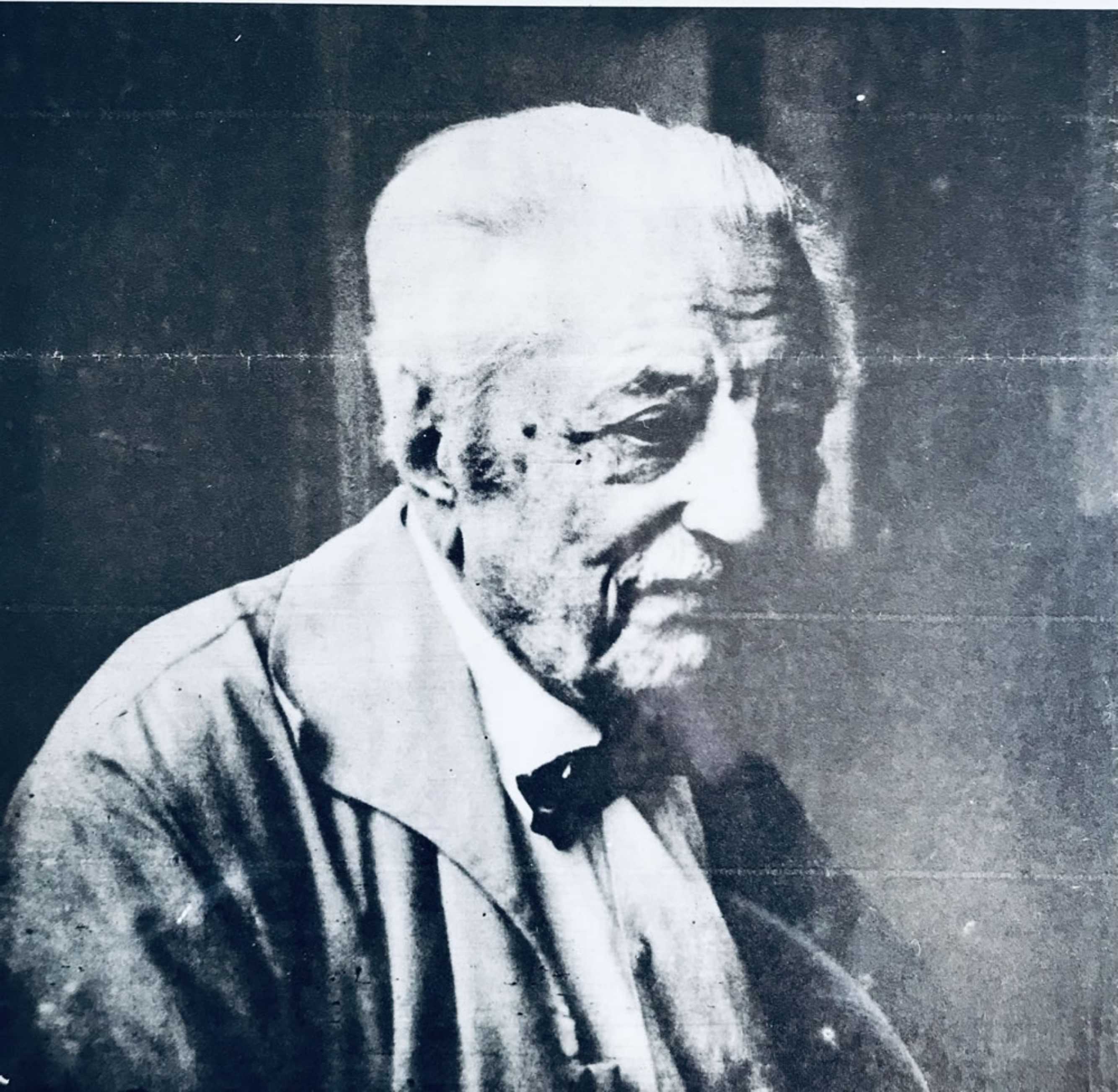
**SE LLAMA**

**ANTONIO TORRES,**

**LE DICEN "EL LOCO"**

LA GACETA  
ARCHIVO

En  
Puz de la  
Forma



Hay personajes con quienes —se compartan o no sus opiniones— hablar resulta interesante o, en todo caso, pintoresco. Este es el caso del médico Antonio Torres, único sobreviviente del grupo de hombres que fundó la Universidad de Tucumán.

El Dr. Torres es un héroe de la mitología local, a pesar de sus contradicciones y se le menciona inevitablemente cada vez que se habla de despliegues de carácter.

Escribe  
CARLOS PAEZ DE LA TORRE

La tarde estaba lluviosa y fría: un alivio, un paréntesis en el sofocante verano. Con miedo de no encontrar al que buscaba, toqué el timbre de San Lorenzo 684. "El doctor Torres se está levantando. Espérela un momento, que ya va a venir". Eché una mirada por la casa, mientras buscaba la ubicación para las fotografías.

Dos balcones, las habitaciones en torno a un hall rodeado de mamparas, pocos adornos, nada que desentonara. No acababa de sacarme el impermeable, cuando dos brazos me rodearon los hombros, desde atrás. "Mi amigo, qué dice, qué milagro verlo. Así que un reportaje, como si fuera López Rega o la Isabelita? Venga, venga, nos sentamos donde usted quiera". Más de un metro noventa de estatura, el pelo blanco revuelto, los ojos —que apenas ven— apareciendo bajo unas cejas enmarañadas, los brazos y las piernas larguísimos, huesudos, la corbata de moño a medio anudar. Ahí estaba el doctor Antonio Torres, "el loco Torres".

En la mitología tucumana, cada vez que se quiere relatar alguna anécdota insólita, alguna respuesta tajante, alguna suprema manifestación de Nuestra Señora de la Real Gana, la referencia a "el loco Torres" es imprescindible. En realidad, la gente joven no sabe muy bien quién es el personaje, si es verdad o ficción.

El, en cambio, es atrozmente lúcido, desde la cumbre de sus 84 años. Gran médico, humanista, dilecto amigo de Miguel Lillo, universitario, político de a ratos, poeta, el doctor Torres es el último sobreviviente de quienes rodearon a ese grupo de tucumanos excepcionales que pensó la Universidad: el fundador Juan Terrán, el filósofo Alberto Rougés, el estadista Ernesto Padilla, el clásico Juan Heller, el apasionado Julio López Mañán, el poeta Ricardo Jaime Freyre.

Como en una bruma, este grupo

Antonio Torres. Es médico, humanista, universitario, político "de a ratos"; integró el grupo de hombres que fundó la Universidad de Tucumán.

dorado enmarca las mocedades del doctor Torres. Una vez, un obispo famoso por su trato áspero, le preguntó indiscretamente, en una comida oficial: "¿Por qué le dicen a usted «el loco Torres»?" Riéndose, le contestó: "Y, será porque lo dice la gente, y «vox populi vox Dei»: así es como le dicen a usted «el obispo sargento»".

#### NINEZ EN EL CAMPO

El 8 de noviembre de 1891, en el Monte Grande de Famaillá, empieza la historia, cuando el matrimonio de José Torres (español, de la provincia de Granada) y Aurelia Córdoba (hija de español y criolla, nacida en Lules) tuvo un hijo, Antonio, llamado así en homenaje a un tío.

La familia se completó con tres hermanos más: Alberto, médico, "un individuo malogrado, de un talento tremendo y de una vida distorsionada por estupideces, por el exceso de bondad del hombre"; Fernando, contador, "que nunca trabajó y fue un espléndido jubilado: no sé cómo hizo, si yo trabajé toda mi vida y tengo una miserable jubilación de \$ 300.000", y una hermana, Cira, casada con el dentista Roberto Fromm. Vivió los primeros años de su infancia en Monte Grande, hasta que su padre compró la finca de Acherál, "donde me he criado, sobre el río Arenilla, en la boca de la quebrada de Tafi".

Cuando se le pregunta sobre su venida a la ciudad, la voz del doctor Torres se levanta agudamente. "¿Ciudad? Usted no sabe la tragedia que fue para mí la ciudad. Conservo como una impresión terrible la pérdida de la libertad el día que me trajeron a las paredes, las calles, el horizonte limitado". El día del viaje —en tren, desde Acherál— fue terrible. Le pusieron "una gorrita marinera y botines como los que usaba mi padre: Me hicieron tirar las ojotas y me metieron en ese tren que echaba fuego. A la media hora las patas me hacían plaf, plaf. Qué mortificante fue el primer contacto con la civilización".

## LA CIUDAD Y EL COLEGIO

Torres se repantiga en la silla, con una carcajada. Le acerco el grabador y lo dejo que hable como quiera. Es un gran testigo, un protagonista y casi parece irrespetuoso molestarlo con preguntas.

"Me trajeron a la calle Buenos Aires 386. Tres cuadras al norte, en la misma calle estaba la escuela de San Francisco, que dirigía el padre Espinosa. Consistía en una de las paredes exteriores de una parte del convento y un techo de zinc abierto al naciente, al poniente y al norte. Una ancha vereda y 4 filas de bancos casi a la intemperie. La primera fila, primer grado atrasado; la segunda, primer grado adelantado; la tercera, segundo grado y la cuarta, tercer grado, con 18 ó 20 chicos por fila. ¡Le tengo un afecto a esa escuela! El padre Espinosa nunca habló en clase, enseñaba con el silencio y el gesto.

Pasaba entre las filas con el Evangelio abierto y leyendo. Una pizarra y un lápiz de piedra en las dos primeras filas era todo lo que teníamos para escribir. Al frente, el pizarrón, desprovisto de tiza. Nosotros la teníamos que traer todos los días. La robábamos de las escuelas fiscales y de mañana llevábamos dos o tres pedacitos. Allí estuve hasta tercer grado. Después salí y estuve un tiempo en la escuela de un bachiller Cibolich, en la calle Buenos Aires. Mi padre me sacó porque Cibolich tuvo un asunto con una alumna y "El Orden" le hizo una campaña tremenda. Entonces me llevaron al "Sagrado Corazón".

Su señora se acerca e intenta poner algo de orden en las canas revueltas y enmarañadas. "No hija, nunca me han peinado. Ahora, ponéme



Torres recibe a NOA en el living de su casa.

gomina y echáme perfume, para que salga en la foto. Yo soy como Sócrates, la sencillez máxima. Todo esto, corbata, qué se yo... un manto griego y basta. Un bastón cuando llega a la vejez para apoyarse, un garrutin. Ay, la gente, cómo se complica. Vea, a mi me deben haber regalado un centenar de relojes y nunca los he podido usar. Yo, para saber la hora, miro la sombra de la calle y me ubico inmediatamente.

### LOS PROFESORES

Con un poco de trabajo, volvemos al tema del Colegio. Los últimos

años los pasó en el Nacional, donde se recibió de bachiller. No titubea en contestar cuál fue el hombre que influyó más en su persona durante esa adolescencia.

"Tremenda influencia fue la de Ricardo Jaimes Freyre. Bien plantado, elegante, meticoloso, con una melena negra rizada que le caía por la frente, delgado, ágil, sin perder jamás la línea, un expositor extraordinario, didáctico, claro; de voz y gestos elegantes: un maestro 100 por 100 como jamás ninguna generación futura podrá tener. ¿Qué le parece? En orden decreciente, me acuerdo de un maestro del Colegio del Sagrado Corazón, del padre León Castellón, violento, pero eficaz y didáctico. No era como el padre Espinosa, que nos castigaba pero nos hacía quererlo, tenía una bondad en los latigazos. Si me habrá plantoneado y hecho sufrir Castellón. Y enseñaba. De ahí me viene la afición que he tenido siempre por la naturaleza. Yo recorría el bosque y sabía dónde estaba todo, en qué penca el nido de la urpila, en qué paja el nido de la perdiz. Les ponía comida cerca de los nidos".

### EL SOLITARIO

A esta altura de la entrevista, trato de que el doctor Torres hable de sí mismo. Inquirir si siempre fue el rebelde, el famoso disconforme el hombre que decía siempre lo que le daba la gana. Quería saberlo desde hace tiempo. ¿Había sido toda la vida ese personaje iconoclasta y molesto como una avispa?

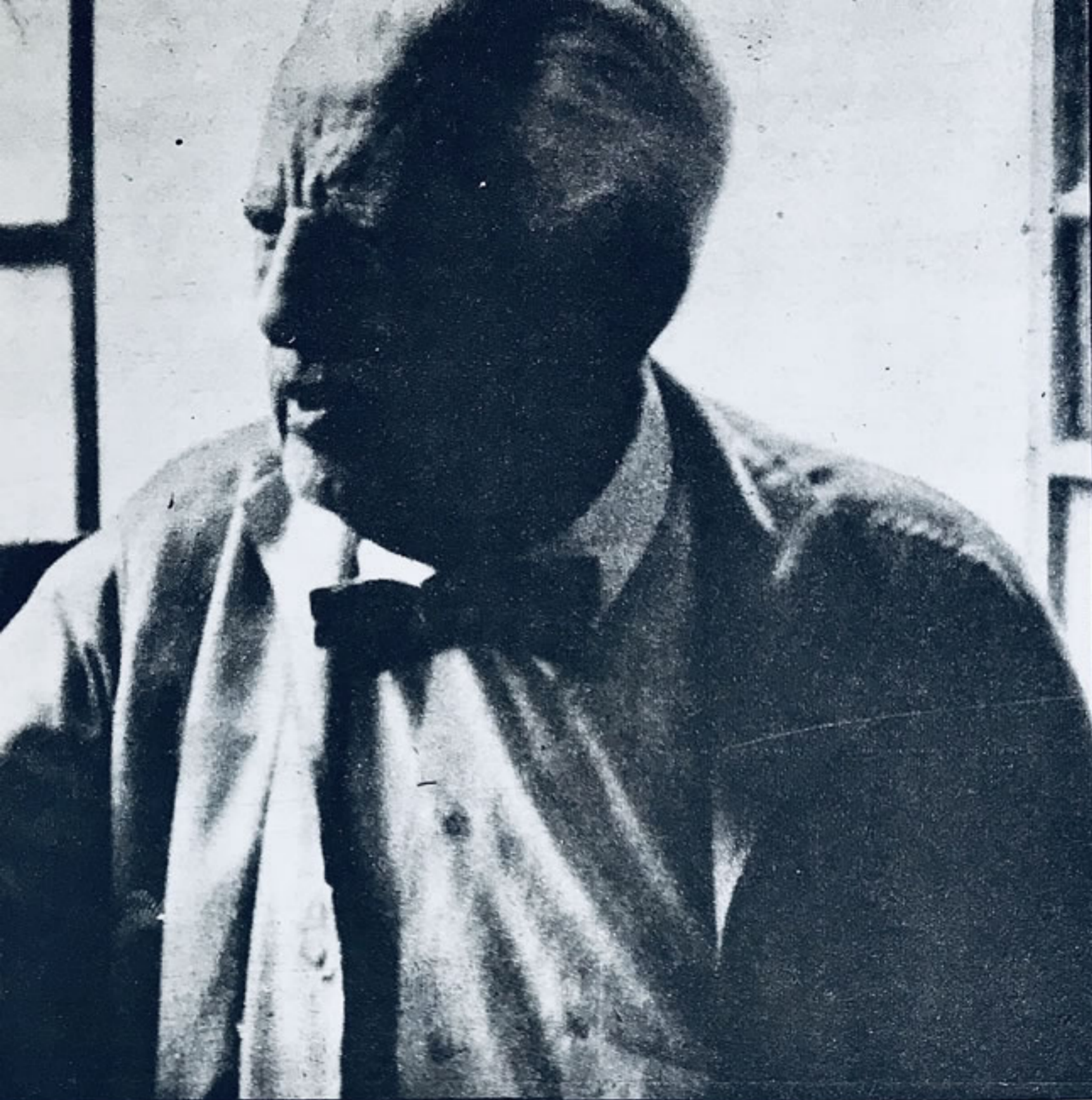
"De joven era muy introvertido. Un poco melancólico, solitario, no me gustó nunca la algarabía, la pandilla, esos juegos de montón, de pelota, de patadas. Y no porque me considerara



# Joyas "Salvia"

Fantasías — Regalos — Relojería

Joyería — Brillantería



"El pueblo es una escoria, un residuo —dice Torres—; jamás he tenido fe en su juicio."

Porque eso era populacherismo y yo soy anti-populacherismo. Tengo el sentido discriminador de la aristocracia. Soy antimultitudinario. A mí 2.000 tipos peludos de esos peladores de caña o vividores de taberna no me preocupan. Más vale un gramo de canario que 100 toneladas de bueyes en la oscura bodega de un carguero. Bueno, me vine a Tucumán y fui médico de gobernadores como Bascary y Vera. Y de Miguel Lillo".

La sola mención del nombre de Miguel Lillo hace cambiar la lenta crónica. Autor de la única biografía de este huraño y sapientísimo tucumano (*Lillo, vida de un sabio*), el doctor Torres sintió desde niño el impacto del maestro. "Estábamos jugando a la bolita un día en la calle Buenos Aires, cuando vimos que venía vestido de negro —siempre vestido de negro, impecable— y uno de los muchachos dijo: «Piquen, piquen muchachos, que viene el sabio Lillo». Había sido nuestro profesor en el Colegio Nacional, pero era ineficaz en la enseñanza. Ese era un medio de subsistencia, nada más. Cuando vine a quedarme definitivamente, visité a mis maestros, al cura Castillón, a Juan Terán, a Juan Heller, a don Alberto Rougés. En esa época en la que me faltaba tiempo para todo, había adquirido el vicio de anotar en una libretita las dudas que tenía y en lugar de consultar los libros, me iba los domingos a la mañana a visitarlo a Don Miguel Lillo y a preguntarle, por ejemplo, cómo diablos es el mecanismo de la luz en los ojos de los tucos. Un día, Lillo me miró medio socarrón y me dijo: «Qué lástima, tengo que salir pero vaya nomás, que la Juliana lo espera». Era la mayordoma que tenía y yo sabía quedarme a tomar con ella mate con tortillas. Ese día, ella me entregó un enorme paquete de libros, diciéndome que Lillo los había dejado para mí. ¿Sabe que tenían los libros? Las respuestas a las 7 preguntas que le había hecho. Lo que me quería decir era: no pregunte, estudie. ¡Jé lección, qué vergüenza! Me meti en carta una semana, cerré el consultorio para todos y me puse a leer 10 horas diarias".

## GENIO Y FIGURA

Me empiezo a dar cuenta de que todavía no hemos dicho, concretamente, qué hizo Antonio Torres, qué significado tiene esa vida para me

marginado, sino porque voluntariamente huía del barullo. Me gustaba la soledad. Era buen estudiante en lo que me gustaba: en ciencias naturales, por ejemplo, pero cuando veía un  $\times 2 + 4$ , uy Dios, ya no aguantaba. Me enfermaba, bolsa de hielo en la cabeza con una multiplicación nomás".

Después del Nacional, partió a estudiar Medicina a Córdoba. Llevaba una recomendación del famoso padre Sisto Colombes para el doctor García Montaña, a fin de que lo empleara mientras duraran sus cursos. García Montaña tocó el timbre y le dijo a un empleado: "A este joven le busca usted dentro del establecimiento (era rector del Montserrat) un cargo que no perturbe el horario de sus estudios. Ha venido a estudiar. Y el empleado averiguó todos los horarios de mis clases. En esa época nos daban una libreta de asistencia, como en el colegio. Todos los meses tenía que ir a mostrársela a García Montaña para que viera cómo andaba. ¿Se da cuenta? Esos eran los oligarcas que nos perseguían a los proletarios campesinos..."

Se graduó en la época de la Reforma Universitaria de 1918. "Fui agente activo de la Reforma para vergüenza de mi senectud. Porque eso tuvo por objeto sacar a todas las

personas decentes, honradas, sabias o no, y traer la avalancha zoológica". Su tesis versó sobre "La memoria y sus perturbaciones". En realidad lo había impulsado a estudiar Medicina el tremendo respeto que le inspiraba esa profesión: algo que recordaba desde chico, cuando veía la ceremoniosidad con que se recibía en su casa al doctor Francisco Mendioroz. Además, su padre decía siempre que "en toda familia debía haber un médico, un militar y un cura". Ya recibido, hubiera podido quedarse en Córdoba, donde fue un estudiante excepcional. Lo mandaron premiado a Francia, pero en Río de Janeiro debió volverse al barco porque todavía no estaba el clima en Europa para viajes de estudios. Acababa de terminar la Gran Guerra. Probó un tiempo en Córdoba: al año de recibido, ya era profesor suplente. Pero Tucumán lo atraía, sobre todo por obra de su padre. "Yo venía a verlo. En Carnaval, por ejemplo, una semana. Andaba bien. Llegaba la época en que debía volverme, y se ponía muy enfermo. Así me embromó un año y medio hasta que al fin me tuve que venir". Empezó entonces a ejercer intensamente la medicina. Y también un poco de política.

## POLITICA, LILLO

"Era una cosa lateral, la política.

recer.—¡y cómo!— un reportaje. La mera lista de las funciones que desempeñó no dice mucho: fue médico de la Policía, jefe del servicio médico del Ingenio Amalia, médico de innumerables mutuales e instituciones religiosas, vocal del Consejo de Higiene; interventor del Instituto Microbiológico, junto con Miguel Lillo; catedrático de Anatomía y Física. También fue diputado, a la Legislatura Provincial, en 1933 y 1935, concejal en 1927 y varias veces candidato. En 1964, presidió el Concejo Provincial de Difusión Cultural.

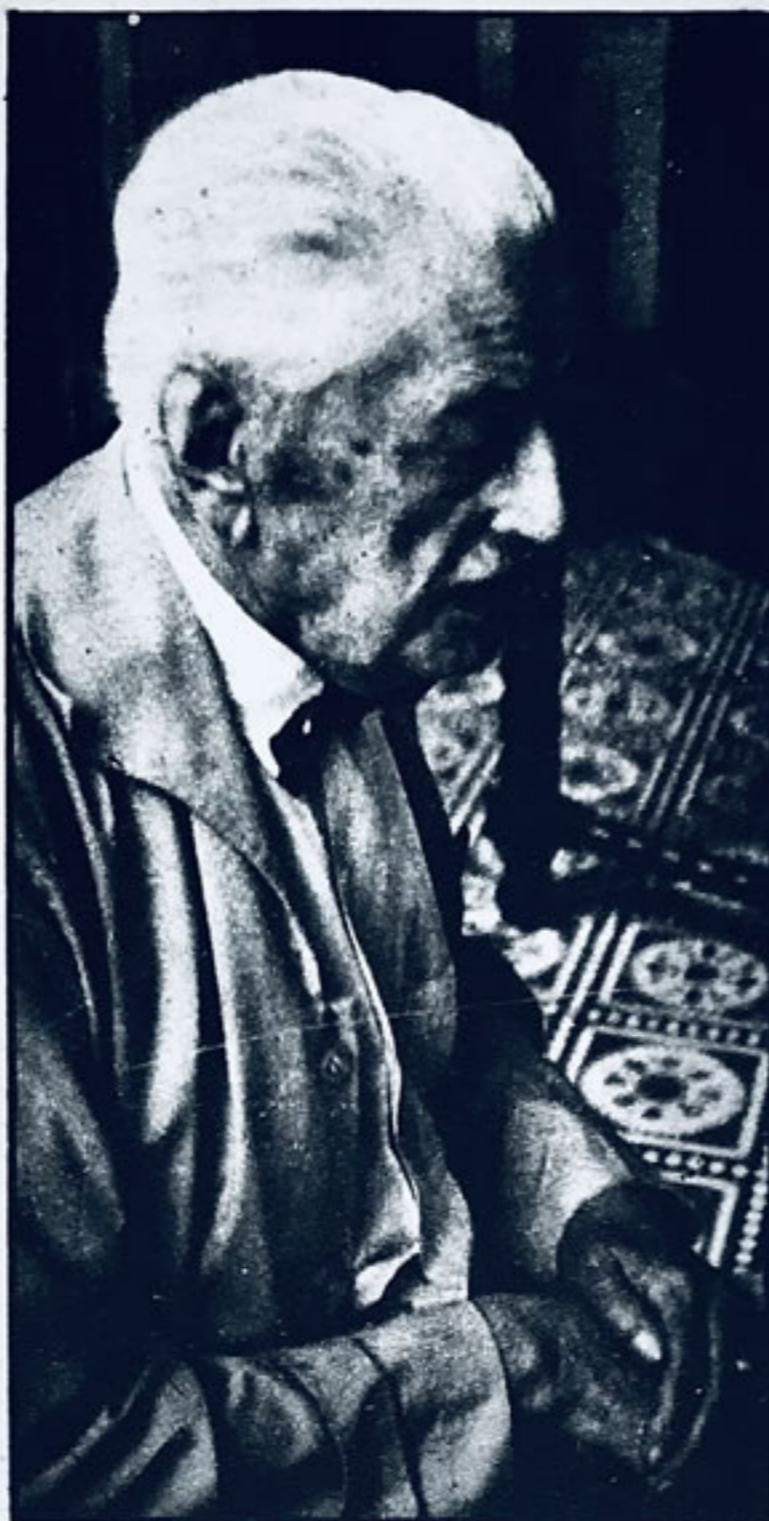
*"He tenido cargos por exigencias del momento, pero nada que quiera recordar. Todo eso es bochornoso"; dice tras enumerar, trabajosamente, algunas de esas funciones. "La única que no lo es ocurrió por un error de valoración, cuando don Miguel me nombró miembro vitalicio testamentario de la comisión que gobierna el Lillo".*

Lo que ocurre es que no se puede ubicar a Torres sin vincularlo a esa época de la cultura tucumana, llena de grandes hombres cuyo desarrollo acompañó. Por el mundo que guiaba espiritualmente la Generación del Centenario, caminó junto a sus líderes este médico rebelde, talentoso e irónico, literato y poeta de a ratos, curioso insaciable de la naturaleza y de la vida, desdeñoso siempre del comercio y del dinero, que jamás cobró honorarios a nadie.

Arrastraba esa fama de original, de "loco", como algo especialmente divertido y huía constantemente de todo lo que sonara a engolado y a solemne. Bueno desordenadamente, eso es lo que significa Antonio Torres y lo que hace preciosos los momentos de un periodista, grabador en mano, en su presencia.

A esta altura de su vida, Torres se siente deshumanizado. *"Yo vivo ya como si estuviera en el pasado. He entrado poco, algo, en la conciencia pública, pero ya me han degradado. Ya no soy doctor ni nada".* Le pregunto si podría definir una gran satisfacción de su vida y me contesta:

*"La de verlo a usted ahí, porque me viene la conciencia de no haber vivido en vano".* Sin titubear, elige lo más valioso de todos sus años: *"no haber mentado nunca ni engañado a nadie; yo no tengo en el examen de conciencia ningún complejo de sociedad. Me he dado con toda sinceridad, con toda honradez, sin recovecos, abierto. En la vida profesional, me satisface no haber pasado jamás honorarios, no como los mercachifles de ahora, que son capaces hasta de fraguar una operación para cobrar de más".*



Recuerda el Dr. Torres: "Los oligarcas nos perseguían a los proletarios campesinos".

## EL PUEBLO, LOS HOMBRES

Le hablo de las decisiones populares electivas y tajante, responde: *"Similia similibus". La bestia vota a la bestia, no al cazador. El pueblo es una escoria, un residuo. Me compadezco del necesitado y lo asisto con generosidad. Pero tener cariño a una manifestación pública, no. Me repugna. Jamás he tenido fe en el juicio del pueblo. La historia enseña algo: pan y circo, tan usada en los últimos tiempos. Viejo ejercicio de explotar el vicio, que es lo que hacen los políticos mediocres. Y el hombre de hoy ¿puede ser que haya llegado al límite y que estemos ya en trance regresivo? Por su propia actividad el hombre se envenena a sí mismo en la vida diaria, en su alimentación tóxica y hasta en el mismo contacto con sus semejantes, ya que se acerca al otro para ver cómo lo logrera, lo estafa, lo aprovecha".*

Cae la tarde y hay que dejar al Dr. Torres con sus recuerdos. El gigante de pelo blanco revuelto se yergue y me abraza. Caminamos juntos hasta la salida. Atraveso de vuelta la casa, sencilla y austera como su dueño, un hombre que desprecia el dinero y los relumbrones de la figuración.

## TORRES Y SUS POEMAS

El doctor Torres escribió dos ensayos importantes: Miguel Lillo —*vida de un sabio* e *Historia médica del Tucumán* y varios libros de versos, *Máximas y mínimas*, *Poemas* y *Razón de soledad*, entre otros. Allí se recopila lo que publicó en los diarios y revistas de su tiempo. En un reportaje de 1939, cuando le hablaron de sus poemas, dijo a la revista *Tucumán*: *"Si tanto se interesan por insignificantes asuntos, composiciones y poemas, el primero y el último lo mismo fueron, nacieron de la misma cuna: la propicia ocasión"*. Uno de sus poemas se hizo clásico en la literatura tucumana y figura en todas nuestras antologías. Aquí va:

### EL ARBOL DICHOSO

Algarrobo, tres veces centenario;  
eres mástil, antena, campanario,  
y una caja de música a la siesta  
con cigarras y pájaros de fiesta.

Hay colgado a tus ramas, un cansino  
y rústico columpio campesino.

La tarde es un cristal que se hace astillas  
inopinadamente, y maravillas  
con tu alegre irrupción de colegiala,  
estremeciente, inquieta como un ala.

Mientras mi complacencia te sostiene,  
en este juego que se va... que viene...  
¡quién fuera el vegetal! y de mis brazos,  
pienso pudieran sostener los lazos  
del rústico columpio que mantiene  
tu dulce cuerpo que se va... que viene...